

Conferencia Sobre Fe, Vida y Aprendizaje

Orador Principal: Dr. Jim Bond, Superintendente General
Colegio Nazareno Mount Vernon
16 de junio de 2001

¡Buenas noches, amigos y colegas! Estoy experimentando un sentir hermoso al volver a estar en la presencia de educadores nazarenos. Me siento muy orgulloso de nuestro sistema de educación superior a nivel mundial, de nuestras 57 instituciones que ofrecen estudios en diversos niveles, y de nuestros jóvenes y adultos de todas las edades y de nuestra dedicación unida de avanzar la causa de Cristo y su iglesia en el mundo a través de la educación Cristocéntrica. Me siento particularmente orgulloso del Dr. Jerry Lambert, nuestro incomparable Comisionado de Educación, de la Junta Internacional de Educación, de los dirigentes y los equipos administrativos que le están dando dirección visionaria a nuestras instituciones y las brillantes, talentosas y dedicadas personas que componen nuestras facultades. Es un gran honor para mí estar entre ustedes y tener el privilegio de predicarles.

La mayoría de ustedes sabe que mis antecedentes ministeriales son muy variados –pastor, misionero, maestro, capellán, y rector de universidad. ¡Soy un hombre eclesiástico –siervo de Dios y de su iglesia! Hace cuatro años en este mismo tiempo, me senté al lado de ustedes como su colega. Me sentí plenamente realizado y desafiado en mi ministerio en la Universidad Point Loma.

Cuando ministraba en la universidad, me guió siempre nuestro enunciado de misión. El éxito de una organización depende de su apego a una clara misión y de entregarse fervientemente a esa

operación. Idealmente, todo lo que se realiza a través de la organización deberá justificar su existencia, gastos y actividades en relación directa con su misión.

La Iglesia del Nazareno tiene un enunciado de misión: “La misión de la Iglesia del Nazareno consiste en responder a la Gran Comisión de Cristo de ‘id y haced discípulos a todas las naciones’”. A propósito, creo que este enunciado es muy general y no contiene el elemento específico necesario para una denominación. “Hacer discípulos semejantes a Cristo en todas las naciones”, creo que tendría mayor claridad, particularidad y potencial para la realización como enunciado de misión para la Iglesia del Nazareno. Nuestra misión es invitar a la gente a acudir a Cristo como el único Salvador del mundo –eso es evangelismo– y a ser semejantes a Él como objetivo supremo de nuestra vida – eso es discipulado wesleyano. ¡Yo creo que esta es nuestra misión!

La Junta de Superintendentes Generales cree que es singular en significado el hecho de que reafirmemos nuestro compromiso con nuestro llamado y misión históricos. Con éstos en mente, proseguimos a definir cuidadosamente los valores esenciales de nuestra denominación. Éstos se publicaron y distribuyeron durante la Celebración Milenial en 1999. Nuestra es que por lo menos cada pastor de la iglesia reciba un ejemplar de los valores esenciales. Nuestra meta máxima es la asimilación e integración de esos valores en la vida y pensamiento de cada nazareno de todo el mundo.

He observado que el lema de esta conferencia es “Abracemos el llamado”. Resulta obvio que su llamado personal e institucionalmente es multifacético. Yo me enfoco sólo en una faceta, y enmarco mis comentarios dentro del contexto de un título más bien de oficina, práctico: “Algunas ideas de un hombre de iglesia sobre la función de la Educación Superior Nazarena en el Cumplimiento del Llamado y la Misión de la Denominación”. Y éstas son sólo ideas –más

sugestivas que dogmáticas, más provocativas que declaraciones finales, expresadas más bien por la inquietud de confrontar asuntos que de pontificar resoluciones. Mis comentarios se enfocan en asuntos de enorme magnitud de importancia crítica tanto para el futuro de las universidades como de la iglesia y al cumplimiento de nuestra misión común.

Cuando yo era rector de la Universidad Point Loma no estaba ajeno a la función de apoyo vital de su empresa educativa en la capacitación de la Iglesia del Nazareno para cumplir su misión. En realidad, como hombre eclesiástico, me impulsaba este conocimiento. Permítanme decirles que ahora, desde mi perspectiva presente, estoy plenamente consciente de la verdad plena, desnuda – si nuestras instituciones educativas no abrigan un sentir de aprecio por nuestra historia y herencia, de propiedad de nuestra misión denominacional singular, ni se comprometen con celo y fervor a ayudar brazo a brazo con otras entidades de la iglesia a actualizar la misión, entonces la denominación llamada Iglesia del Nazareno continuará existiendo pero se perderá en la oscuridad de una genérica “comunidad de la iglesia”. ¡No puedo exagerar la importancia de esta declaración ni mi fuerte sentir sobre la misma!

Todos los que me conocen saben bien que no soy partidario del sectarismo. Fui misionero en Brasil por menos de dos años. En muchos sentidos fue un capítulo oscuro de mi vida –doloroso y reflexivo. Mi breve carrera misionera terminó abruptamente, pero regresé a casa liberado, sabiendo que mi compromiso máximo no era necesariamente con una denominación, sino con Cristo y su reino. Lo sabía en teoría, pero saberlo en la realidad concreta y personal fue liberador. Aún sigo viviendo bajo ese compromiso y libertad. Pero también sé que la iglesia es esencial para hacer realidad del reino de Dios, y creo que a la Iglesia del Nazareno se le ha dado una función especial y significativa en la iglesia. Sí, las denominaciones como la Iglesia del Nazareno son importantes para Dios en su obra en nuestro mundo. Si no cumplimos la función singular y específica a la cual creemos que hemos sido llamados divinamente, entonces la iglesia

y el reino de Dios sufren y se crea un vacío en el cual dejamos de cumplir nuestra misión. Resumiendo –un elemento esencial del mensaje de la actividad redentora de Dios en Cristo es lo que Juan Wesley llamó “perfección cristiana”. Los nazarenos creemos junto con Wesley que “esta doctrina es el gran depósito que Dios le ha conferido al pueblo llamado metodista (y nazareno); y con el fin de propagar esta doctrina principalmente parece habernos permitido surgir a la existencia”.

Pregunta: ¿Creemos esta verdad? ¿La abrazamos con convicción y compromiso? ¿Acaso la consideramos como nuestra “razón de ser” en los campus de todas nuestras instituciones educativas –y en todas las otras entidades de la iglesia? Si el sistema educativo sirve a la iglesia en el cumplimiento de su misión singular, me parece entonces que estas preguntas son válidas en este contexto. No estoy acusando a nadie. Estoy desnudando mi alma. Creo que estamos luchando por encontrar el alma de nuestra denominación y la lucha se libra en toda la iglesia y en todos sus niveles en todo el mundo. A mi parecer –los dos lugares de la iglesia donde la lucha se agudiza son nuestros campus educativos y nuestras iglesias locales. Interesante para mí es la percepción de que quizá nuestros esfuerzos por apegarnos a nuestra tradición son más directos dentro de la comunidad académica que en la iglesia local. Permítanme repetirlo –no estoy acusando a nadie. Somos colegas, no adversarios. ¡Creo en ustedes! Estoy apelando a ustedes. Nos enfrentamos a una situación que demanda diálogo concienzudo entre nuestros mejores y más brillantes pensadores que aman a Dios y a la iglesia de Cristo, en particular la Iglesia del Nazareno –personas que se comprometerán a llevarnos adelante en estos dilemas presentes a fin de que produzcamos un fuerte impacto en los pueblos y culturas en todo el mundo en donde ministramos con el mensaje de santidad liberador.

Les estoy regalando un ejemplar del folleto *Un pueblo cristiano, misional, de santidad*. Permítanme ofrecerles palabras de desafío dentro del contexto de estos valores esenciales.

Somos un pueblo cristiano

Esta declaración nos identifica con la iglesia única, santa, universal y apostólica. “Junto con los cristianos de todo el mundo afirmamos las creencias y credos trinitarios históricos de la fe cristiana”.

Kenneth Collins describe la teología de Juan Wesley como “conjuntiva”. Quiere decir con esto que nuestra doctrina de salvación no es una reflexión de una tradición teológica, sino una “síntesis bien elaborada e intencional de los diversos elementos que resaltan en las Sagradas Escrituras (que eran la norma máxima para Wesley) y que, por tanto, y no es de sorprender, se reflejan en diversas tradiciones”. Creo que sus percepciones son precisas, lo cual es otra razón importante de por qué nuestra teología encaja perfectamente en la generación presente. Muchos están pidiendo que regresemos a los padres de la iglesia primitiva, con la creencia de que el posmodernismo los abrazará. Nuestra teología wesleyana “conjuntiva”, entonces, encaja perfectamente para nuestros tiempos. ¡Este es nuestro día!

David McKenna publicó recientemente un libro intitulado *Wesleyanos en el siglo XXI*. En el mismo nos incluye a nosotros, los nazarenos. No sólo “encajamos perfectamente” en cuanto a teología para estos tiempos, sino que nuestras posiciones “católicas” wesleyanas nos ubican en posición de ejercer un impacto. Hoy no están de moda el sectarismo, el aislamiento ni el exclusivismo; abrazar el llamado al presente significa derribar paredes, cooperación, inclusión. Esto se demostró en forma hermosa en la mil veces citada declaración de Wesley: “Si mi corazón es como el tuyo, si amas a Dios y a toda la humanidad, no pido más: dame tu mano”.

Sin comprometer nuestras posiciones denominacionales distintivas, creo que necesitamos participar significativamente en la iglesia cristiana en general. Me agrada ver que los nazarenos de Estados Unidos participan en la Asociación Nacional de Evangélicos y la Asociación Cristiana de Santidad. Felicito a nuestros pensadores académicos por su participación en la Sociedad Teológica Wesleyana. Durante el cuatrienio anterior pasamos oficialmente a ser miembros del Concilio Metodista Mundial (una organización global de wesleyanos). Exhorto a los nazarenos de otros países a que junto con creyentes de otras tradiciones podamos presentar un frente más unido ante el mundo. Creo que en parte esto queremos decir al declarar que “somos un pueblo cristiano”.

Como wesleyanos, somos “centristas”, evitando los extremos del fundamentalismo por un lado, y del liberalismo por el otro. Por consecuencia, “nos disparan” de ambos lados, en particular del de los fundamentalistas. Creo que la amenaza del liberalismo es más sutil aunque muy real y potencialmente destructora. No debemos subestimar sus peligros, pero el ataque fundamentalista es frontal, abierto. Desde su biblicismo literalista han hecho de su punto de vista de la creación la prueba máxima de la ortodoxia evangélica para todo mundo.

Nuestra postura centrista se reflejó claramente en la acción de la Asamblea General de 1993 al aprobar el párrafo 904.9 del *Manual*: “La Iglesia del Nazareno cree en el relato bíblico de la creación (“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” —Génesis 1:1). Nos oponemos a la interpretación impía de la hipótesis evolucionista. Sin embargo, la iglesia acepta como válidos los hallazgos científicamente verificables en geología y otros fenómenos naturales, pues firmemente creemos en Dios como el Creador”.

El hecho es que no somos dogmáticos ni exigimos que se adopte un punto de vista particular. Puede uno creer que Dios creó todas las cosas en un período de siete días de 24 horas cada uno, o

que empleó alguna forma de “creación gradual” o “creación continua” equivalente a millones de años –puede usted adoptar cualquier punto de vista y ser buen nazareno.

Afirmamos que Dios es el Creador; no tanto “cómo” creó Dios. Como superintendente general me apego al *Manual* y me comprometo a apoyarlo. Por tanto, rechazo el dogmatismo del fundamentalismo sobre su punto de vista de la creación, pero dentro de los linderos de nuestro *Manual*, también defiendo el derecho de los nazarenos de considerar la creación como un período de siete días de 24 horas, de la misma manera en que defiendo a aquellos que “científicamente, los descubrimientos verificables en geología y otros fenómenos naturales” los impulsan a adoptar el punto de vista de la “creación gradual”. El hecho es que me niego a permitir que un asunto como este nos divida en grupos beligerantes dentro de la iglesia. Toleramos las diferencias en temas no esenciales, pero somos respetuosos y seguimos en comunión con aquellos con los que no estamos de acuerdo, incluso con los fundamentalistas (en todo lo que sea posible).

Aun cuando exhorto a que consideremos a los fundamentalistas como hermanos y hermanas en Cristo, también creo que representan una seria amenaza para nosotros. Sospecho que incluso más allá de lo que creemos, el fundamentalismo se ha colado en la corriente principal de nuestra denominación. Me temo que muchos de nuestros miembros, incluso nuestros pastores, son más fundamentalistas de lo que creen.

Tristemente, muchos pensadores de fuera de nuestra tradición nos identifican con los fundamentalistas, entre ellos eruditos como Mark Noll (por lo menos así lo implica en su obra *The Scandal of the Evangelical Mind*). Esta batalla no es nueva; la hemos venido librando a través de toda nuestra historia. Incluso la libraron algunos de nuestros primeros líderes y teólogos.

Bajo la unción del Espíritu Santo, el Dr. H. Orton Wiley con toda destreza dirigió a la iglesia a través de la jungla del liberalismo y el fundamentalismo hacia un principio hermenéutico muy específico. Ha llegado el momento de reafirmar nuestro compromiso con esa hermenéutica –ser lo que somos. Tal reenfoque es la responsabilidad de todos nosotros, pero creo que los pensadores académicos de la iglesia tienen la singular responsabilidad y gran potencial de ayudar a iniciar la resolución de este predicamento más bien precario.

¿Cómo? Permítanme hacer una sugerencia –necesitan publicar más, enfocándose en algunos de estos temas claves. Diríjanse a la iglesia. Escriban en lenguaje sencillo. Escriban como aquellos que aman la iglesia, creen en la iglesia, y están ansiosos de servir a la iglesia. Coordinen sus esfuerzos de modo que traten los temas bajo su mejor pensamiento colectivo. Apelo a ustedes. Necesitamos su ayuda.

Sé que algunos de ustedes ya lo están haciendo. El hermoso libro: *Reflecting God*, y su guía de estudio y para líderes, todos publicados por la NPH y escritos en colaboración con pensadores académicos de grupos de denominaciones hermanas, ilustra lo que tengo en mente. ¡Es un gran modelo! Estoy consciente de que muchos de ustedes participan en el Proyecto del Centenario, una publicación masiva que se ha propuesto la NPH, para producir nuevos libros de texto escritos por nuestros pensadores académicos. A propósito, el éxito del proyecto depende no sólo de sus escritos y de la publicación por la NPH, sino de que utilicen los libros en el aula a fin de que el proyecto sea económico.

También estoy ansioso de que ustedes publiquen fuera de nuestro círculo para ayudar a la iglesia cristiana en general a comprender lo que somos. Me sentí ofendido cuando Mark Noll nos incluyó con los fundamentalistas a los que llamó “anti-intelectuales” y nos responsabilizó en

parte por la falta de una mentalidad evangélica. De la misma manera me sentí frustrado cuando el decano escritor de la revista *Christianity Today*, Tim Stafford, escribió recientemente: “Ninguna tradición cristiana puede estar más fuera de sincronización con los círculos académicos que la santidad nazarena”. (Gracias, Thomas Oord, por su carta a *Christianity Today* y debemos dar crédito a Stafford por su razonable respuesta). Este es mi punto –si nos conocen como anti-intelectuales o como aquellos cuya teología no está en sincronía con los círculos académicos, ¿de quién es la falta? Tenemos una tarea educativa, no sólo dentro de la denominación sino también fuera de la misma. Y creo que esa responsabilidad descansa aquí en parte dentro de este grupo. Desafío a los administradores a conceder más tiempo a nuestros pensadores académicos para que publiquen. Desafío a ustedes, pensadores académicos, a escribir y a publicar más directamente a la iglesia. Establezcamos con enfoque e intencionalmente “quiénes” somos como miembros vitales del cuerpo de Cristo.

Somos un pueblo de santidad

Algunos de nosotros creemos que vamos a la deriva en un mar de analfabetismo teológico, sujetos a marejadas inmensas, corrientes, en incluso ocasionalmente a olas traicioneras. Somos llevados de acá para allá entre el “evangelicalismo genérico”, un “fundamentalismo pseudo-nazareno” y un “liberalismo justificado con vestimenta parecida a la wesleyana”. El pluralismo religioso abunda en todas partes. Aparentemente es una marca distintiva del posmodernismo. Y se está infiltrando en la iglesia, incluso en la Iglesia del Nazareno.

Pero la iglesia local es el verdadero crisol. Cada semana asisten a nuestra iglesia personas de otras denominaciones e incluso de otros credos. Traen con ellos sus propias creencias. No queremos ofenderlos porque tememos que no regresen. Por ello con frecuencia dejamos de proclamar nuestra propia teología y no somos fieles a nuestra tradición incluso en nuestras

propias iglesias. Tal falla produce un efecto nocivo en nuestro pueblo nazareno porque no es educado en las doctrinas por medio de la predicación o la enseñanza, y por ello no es de importancia para nuestros laicos. Los dejamos en una niebla teológica en cuanto a lo que creemos los nazarenos del siglo XXI. Dentro de nuestra iglesia estamos creando camaleones teológicos que pueden cambiar de teología según lo crean necesario. Citemos un caso como ejemplo –cuando los nazarenos de 2ª y 3ª generación se mudan a otra ciudad y hacen su decisión de asistir a una iglesia se basan no sólo en la teología, sino en la forma en que la iglesia puede suplir sus necesidades. Estoy de acuerdo en que el cuadro puede prestarse a exageración; pero independientemente, creo que he descrito un tentación sutil de la que los nazarenos no están exentos y, en cierto grado, algunos ya hemos caído en la misma.

Creo que esta situación representa la condición más aguda, perpleja y potencialmente destructiva que estamos enfrentando. En este punto más que en cualquier otro creo que estamos en una lucha por el alma de la iglesia. Creo que la educación teológica de pastor y laicos no es un lujo o ideal, sino que es absolutamente esencial para preservar el mensaje del evangelio y la fidelidad de la iglesia y su misión.

Aparte del hecho que juega este escenario en el ambiente de estos tiempos posmodernistas, me he estado preguntando a mí mismo: “¿Qué ha causado este mal teológico?” Es obvio que nuestros pastores están al frente en esta batalla. He remarcado este pasaje del Diario de Wesley: “Prediqué en Twerton y el jueves fui a Launceston. Allí encontré la simple razón de por qué no ha progresado la obra de Dios en ese circuito en todo el año. Los pastores ya no predicán el testimonio metodista. O ya no hablan de perfección absolutamente o la mencionan sólo en términos generales sin exhortar a los creyentes a ‘seguir adelante a la perfección’, y a esperarla en todo momento. En dondequiera que no se hace esto diligentemente, la obra de Dios se estanca”. Creo que esta es en gran parte nuestro problema presente –muchos de nuestros pastores

no están proclamando el mensaje de santidad con claridad y convicción. ¡Esta es una generalización basada en percepciones anecdóticas y personales! Hay muchas maravillosas excepciones.

Pero permítanme dar un paso más adelante –si se confirman mis percepciones acerca de la predicación y la enseñanza de nuestros pastores, ¿por qué no son más fieles en su proclamación de nuestras doctrinas? ¿Acaso nuestros maestros de nuestros sistemas educativos deben también llevar algo de la responsabilidad de nuestro estado presente? Permítanme explicar lo que quiero decir.

Me preocupa que no se haga mucho énfasis en el aspecto de “la segunda obra” de la gracia de la santificación. ¿Por qué? Pongámonos en este contexto. Como ustedes saben, ha habido seria discusión entre nuestros pensadores académicos en años recientes acerca de los puntos distintivos de la teología wesleyana clásica versus la Tradición de Santidad Wesleyana que se ha derivado del metodismo americano primitivo. La discusión no es mala para nosotros. Siempre debe haber lugar para un debate abierto y honesto entre nuestros pensadores académicos. Siempre defenderé esta posición. Nuestros artículos de fe hacen provisión tanto para la teología wesleyana clásica como para la tradición de santidad wesleyana. También, en 1984, la Junta de Superintendentes Generales declaró que, dado que los términos usados para definir la entera santificación en el artículo X representan ambas tradiciones, cualquiera de los dos puntos de vista se puede enseñar entre nosotros.

Pero aquí está mi inquietud –¿Cuál impacto produce esta discusión entre los pastores egresados de nuestros colegios, universidades y seminarios que ocupan nuestros púlpitos? Más particularmente, cuál impacto, si acaso, ha producido lo anterior en la comprensión y la proclamación de la entera santificación como “aquel acto de Dios, subsecuente a la regeneración,

por el cual los creyentes son hechos libres del pecado original, o depravación, y son llevados a un estado de entera devoción a Dios y a la santa obediencia de amor hecho perfecto. Es efectuada por el bautismo con el Espíritu Santo y encierra en una sola experiencia la limpieza del corazón de pecado, y la presencia permanente del Espíritu Santo, dando al creyente el poder necesario para la vida y servicio. La entera santificación es provista por la sangre de Jesús, es efectuada instantáneamente por fe, y es precedida por la entera consagración; y el Espíritu Santo da testimonio de esta obra y estado de gracia” (*Manual: Iglesia del Nazareno: Artículos de Fe X, Entera Santificación*).

Permítanme ubicar este tema en una perspectiva personal. Recientemente el Dr. Harold Raser me obsequió un ejemplar de su libro: *Phoebe Palmer: Her Life and Thought*. Por supuesto, ya he leído acerca de la contribución de Phoebe Palmer al metodismo americano. Sin embargo, la lectura del libro me dio un enfoque fresco de la influencia de Palmer en la formación de la Tradición de Santidad Wesleyana y su impacto máximo en mi vida, pensamiento y ministerio. Esta fue esencialmente la educación que recibí durante mis años en la universidad y el seminario. Cito de nuevo y parafraseo al Dr. Raser: “Palmer desarrolló una forma de santidad estilizada ‘infalible’ para guiar al penitente en su búsqueda de la ‘salvación plena’”. Ella enseñó que la santificación ocurre ahora, con lo que quiso decir que el proceso, o crecimiento en la santidad, toma un lugar secundario ante el carácter inmediato en el Nazarene Theological Seminary. El enfoque de Palmer era racional. Raser resume tres motivos que gobernaron el sistema de Palmer: Se hizo fuerte énfasis en:

1. El camino de santidad (se debe seguir un sendero definido).
2. El camino más corto (no es tan largo ni tan amplio como algunos sostienen).
3. El camino simplificado (es una senda fácil de comprender y sencilla en cuanto a la forma directa con que logra su objetivo).

Ahora bien, esta es básicamente la forma en que yo, y sospecho, y todos los demás que asistimos a nuestras universidades y seminarios antes de 1968, fuimos educados acerca de la búsqueda y la experiencia de la entera santificación. Esta es la forma en la que la predico. Menciono esa fecha porque en 1968, el Dr. William Greathouse fue electo como rector del Nazarene Theological Seminary. Aun cuando la teología de Wesley se enseñaba obviamente en varios cursos anteriores a esa fecha, no había cursos específicos sobre Wesley y su teología.

Entonces, ¿cuál es el problema? Wesley creía que la perfección cristiana era tanto instantánea como gradual, aunque con toda intención trató de mantener un equilibrio saludable entre las dos posiciones. Sospecho que con el tiempo, los seguidores de Wesley fueron víctimas de la sutil tentación de operar en cualquiera de los polos, ya fuera de lo instantáneo (Palmer), o del proceso. El péndulo ha oscilado ampliamente de un polo al otro –¡y sigue oscilando incluso hasta hoy! Creo que al presente oscila más hacia el proceso que hacia la crisis. Pero nuestra meta siempre deberá ser el equilibrio.

Yo sé que esta es una simplificación extrema del tema. También sé que se puede argumentar que no hay conflicto entre Wesley y Palmer sobre el carácter instantáneo de la santificación. Las diferencias son mínimas. Pero insisto en la pregunta –¿Cuál efecto ha producido este debate en nuestros pastores? ¿Acaso los ha dejado con preguntas que a la larga han subestimado la importancia del carácter de la santificación como “segunda” obra? Si así es, ¿acaso ha marginalizado el mensaje de santidad? ¿O ha dejado a nuestros estudiantes en incertidumbre respecto a lo que deben creer? En tal caso, entre la incertidumbre personal, es muy “ingenuo” creer que predicarán y enseñarán el carácter “instantáneo” de la santidad. No estoy cuestionando que crean en la santidad ni que proclamen el proceso por el que vamos siendo transformados a la

imagen de Dios en Cristo. Pero si sólo están proclamando el proceso, ¿qué estamos haciendo diferente de los demás?

¿Han observado que en tiempos recientes los miembros de iglesias reformadas –tanto denominaciones como organizaciones paraeclesiales– están exhortando intencionalmente a sus feligreses a la santidad, a ser como Cristo, a una vida llena del Espíritu? Obviamente lo hacen desde una perspectiva diferente, pero están exhortando a su pueblo a un compromiso radical y al discipulado y a vivir como vivió Jesús. ¡Gracias a Dios!

Pregunta –Si dejamos de enseñar el carácter instantáneo de la santidad y realzamos sólo el aspecto del proceso, ¿cuál es la diferencia entre nosotros y los demás que están exhortando a una vida santa? El fracaso en este punto nos aleja de la senda histórica por la que hemos transitado ya por 100 años.

Permítanme reiterar –estoy explorando, no acusando. Abrigo muchas preguntas, pero estoy en busca de respuestas. Soy uno de los líderes de esta denominación, no porque yo lo haya decidido, sino por la voluntad de Dios expresada mediante el voto de su pueblo. ¡Y voy a ser un dirigente! Son un líder orientado hacia el proceso. Tengo la suficiente inteligencia como para saber que si ganamos la batalla por el alma de esta mi amada denominación debemos reunir a nuestro mejor pueblo, el más brillante y espiritual que ama a la iglesia para hacerles las preguntas más difíciles. ¿Quiénes somos? ¿Dónde estamos? ¿A dónde queremos ir? ¿Qué necesitamos hacer para llegar allí?

En la siguiente primavera (2002) un grupo de más de 250 de nuestros pensadores académicos y educadores se reunirán en la Ciudad de Guatemala para celebrar una conferencia de teología. ¡El momento es oportuno! Tenemos en nuestras manos la oportunidad de atacar necesidades

cruciales. No nos atrevamos a perder la oportunidad. Creo que este no es el tiempo de discutir doctrinas esotéricas ni de “rebanarnos los sesos” discutiendo temas teológicos exóticos. Si deseamos servir a la iglesia de hoy con eficacia, este es el tiempo de oración piadosa, de seria reflexión interna, y de un compromiso unido para trazar estrategias sobre cómo podemos ganar la batalla por el alma de la Iglesia del Nazareno.

Somos un pueblo misional

Observarán ustedes que nuestra misión incluye adoración, compasión y evangelización, discipulado y educación superior cristiana. Sí, creemos que la educación superior cristiana es una parte central de la misión de nuestra iglesia. Observen por favor la clara declaración: “La misión de la iglesia en el mundo se inicia en adoración. Al congregarnos delante de Dios en adoración... comprendemos con mayor claridad lo que significa ser el pueblo de Dios. Creemos que la obra de Dios en el mundo se realiza principalmente mediante congregaciones que le adoran”. La primera frase es muy impactante. “La misión de la iglesia en el mundo se inicia en adoración”. Contiene algunos términos claves: misión, iglesia, mundo, adoración. Estas palabras nos dan significado a nosotros como pueblo de Dios. También me proveen la oportunidad de una última apelación.

Yo sé que la mención de la palabra “adoración” evoca para muchos de ustedes, particularmente de Estados Unidos, pensamientos no muy gratos, emociones profundas, desilusión, enojo, frustración, etc. ¿Hacia dónde vamos en cuanto a formas y música de adoración? ¡No lo sé! Sólo sé una cosa –debemos ejercer paciencia, sentir amor, respeto por opiniones diferentes, y orar para que el Señor de la iglesia nos dirija. Siento la tentación de ser filosófico y anecdótico, pero me abstengo.

Bueno, me retracto de esta última declaración. Les contaré una historia que me ha ayudado en mi propia actitud hacia las diferencias en la adoración. El nombre Mildred Bangs Wynkoop es conocido en nuestro círculo –una distinguida teóloga que vivió entre nosotros y nos ayudó a navegar durante la última mitad del siglo pasado. Durante la época de rebelión de los años de las décadas 1960 y 1970 en este país, escribió un libro –*John Wesley: Christian Revolutionary*. Leí uno de sus pasajes interesantes que tiene actualidad para nosotros.

He pasado por un número de momentos cruciales de introspección en mi vida. Casi todos han surgido como clímax de un período de cuestionamiento doloroso, incluso de tortura. Quizá me siento como la serpiente que ha crecido tanto que debe cambiar de piel, descartar su coraza protectora tan cómoda para exponer sus tiernas carnes a los rigores de la tierra al deshacerse de la coraza vieja.

Una de esas ocasiones ocurrió cuando aparentemente la iglesia me estaba fallando. Los sermones del pastor me parecían aburridos, la música era mediocre (incluso muy mala), los miembros de la iglesia no eran bendecidos como antes, los cultos de oración eran insulsos, y la asistencia estaba bajando en todos los cultos. La iglesia había sido para mí en el pasado un lugar de paz para mi atribulado espíritu, un lugar de bendición y gozo cuando me sentía deprimida, de alimento cuando tenía hambre, y de aliento cuando estaba triste. La gente restauró mi confianza en mí misma después de una semana de ser golpeada por mis asociados, y la iglesia enjugó mis petulantes lágrimas cuando el mundo había sido injusto. Ahora la iglesia me estaba imponiendo sus demandas. Me estaba retirando su simpatía. La gente estaba ignorando mi cara larga y estaba cerrando sus oídos ante mis ayer de dolor. Dejaron de orar por mí entusiastamente cuando hice mis dramáticos y frecuentes viajes hacia el altar de los penitentes. Más bien se dedicaron a

atender a los recién convertidos. Incluso algunos se atrevieron a pedirme que orara con los demás en lugar de orar por mí misma.

“Ya no me gusta esta iglesia”, me dije a mí misma, “está cayendo de la gracia. No puedo mantener una buena experiencia aquí. La gente ya no propicia una atmósfera cargada de emoción ni de clamores de bendición como antes. Me voy a ir a algún otro lugar”. En medio de mis lágrimas, tristeza y desilusión vino una voz de algún lugar, no sé de dónde, que me dijo claramente, en forma impactante: “Ya no eres una niña. Has crecido mucho como para que te levanten y te lleven en brazos. Ha llegado el momento en que debes levantar, ayudar y amar a los muchos nuevos bebés espirituales que te esperan a tu alrededor”. Esa era una crisis de maduración espiritual. Esa fue la lección número uno. Años después vendría la lección número dos –¿O la 200 o la 2,000? ¡Necesitaba muchas lecciones!

Mi orgullosa tía, quien a mi juicio no era cristiana, nos visitó en nuestra pobre iglesita y casa pastoral, de las cuales me avergonzaba. Le dije a ella: “Estoy ansiosa de mudarme a otra iglesia y casa más grande, mejor, donde mis talentos y logros intelectuales puedan cultivarse en una atmósfera más propicia”. Y ella me contestó: “¿Pero no crees que sería mejor dar esa excelencia a esta iglesita? Ellos la necesitan”. Por lo general no me quedo callada, pero no pude decirle nada aquel día, ni nada respecto a ello en los largos períodos de reflexión en los días siguientes.

Amigos míos, apelo a ustedes –¡no se vayan! ¡Los necesitamos! ¡Ayúdenos a solucionar nuestros dilemas! Ayúdenos a reenfocar nuestra misión singular. Abrazar el llamado significa abrazar a la iglesia –¡con todas sus manchas, defectos e imperfecciones! ¡Significa proponerse con la gracia de Dios a seguir en la iglesia, siempre en busca de lo positivo, constructivo y redentor! Gracias

por permitir que este hombre eclesiástico comparta con ustedes algunos pensamientos sobre la función de la Educación Superior Nazarena en el cumplimiento del llamado y la misión de la denominación.